

Memoria e impacto de la crisis de 2001 en las biografías individuales: Argentina en el cambio de siglo

María Julieta Oddone

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Argentina

Gloria Lynch

Universidad Nacional de Luján
Argentina

Resumen: *El artículo que presentamos tiene como objetivo indagar en la vinculación entre las memorias históricas, nacionales y generacionales y las memorias autobiográficas a partir del análisis del impacto que la crisis económica, social, política e institucional que estalló en la Argentina en 2001 tuvo sobre las vidas individuales. La perspectiva teórica que fundamenta nuestro trabajo es el enfoque del Curso de la Vida, enfoque que posibilita el establecimiento de vinculaciones entre el nivel del contexto socio-histórico y el de las trayectorias individuales. Los interrogantes que intentaremos responder son: ¿En qué medida la crisis del 2001 forma parte de la memoria de los argentinos? ¿O se trata, más bien, de un impacto percibido diferencialmente por las distintas generaciones? ¿Cómo perciben y evalúan los individuos, ya sea la crisis en sí o el impacto que ha tenido en sus vidas? ¿De qué manera se articula el impacto contextual con las trayectorias personales? ¿Fue la crisis un “un punto de inflexión” en las vidas de los argentinos? Nos basamos en los resultados de una investigación internacional, el estudio CEVI – Cambios y Eventos en el Cursos de la Vida-, cuyo trabajo de campo en Argentina se realizó en el año 2004.*

Palabras Clave: *crisis, memorias, curso de la vida, puntos de inflexión.*

Introducción

En este artículo nos referiremos, principalmente, al impacto que la crisis económica, social, política e institucional

que estalló en la Argentina en 2001 tuvo sobre las vidas individuales desde la perspectiva del paradigma del Curso de la Vida.

Nuestra atención se focalizará en la articulación entre las memorias históricas, nacionales y generacionales y las memorias autobiográficas. Con ese propósito, indagaremos sobre la percepción que los ciudadanos argentinos tienen acerca de la crisis y de la evaluación que realizan de sus efectos. Así mismo, analizaremos similitudes y diferencias en el curso de la vida respecto de ambos aspectos y estableceremos vinculaciones entre el nivel del contexto socio-histórico y el de las trayectorias individuales.

El interés en el estudio del impacto en las vidas individuales de un hecho socio-histórico significativo en la historia reciente de nuestro país, tal como lo fue la “crisis de 2001”, nos llevó a plantearnos los siguientes interrogantes: ¿En qué medida la crisis del 2001 forma parte de la memoria de los argentinos? ¿Se trata, más bien, de un impacto percibido diferencialmente por las distintas generaciones? ¿Cómo perciben y evalúan los individuos, ya sea la crisis en sí o el impacto que ha tenido en sus vidas? ¿De qué manera se articula el impacto contextual con las trayectorias personales? ¿Fue la crisis un “un punto de inflexión” en las vidas de los argentinos?

Las respuestas a estas preguntas se basaron en los resultados de una investigación internacional, el estudio CEVI – Cambios y Eventos en el Curso de la Vida¹, cuyo trabajo de campo en Argentina se realizó en el año 2004. El instrumento fue un cuestionario semi-estructurado que se aplicó a una muestra de varones y mujeres pertenecientes a cinco grupos de edad quinquenales.

La perspectiva del curso de la vida

La perspectiva del curso de la vida comenzó a desarrollarse en las décadas del 60 y del 70. Pero, a partir de los 80, resultado tanto del proceso de envejecimiento generacional como de la demanda creciente de estudios comparativos a nivel internacional en el marco de la globalización, se aceleró su

aceptación.

El curso de la vida es un enfoque que estudia interdisciplinariamente el desarrollo de la vida humana, estableciendo puentes conceptuales entre: a) los procesos evolutivos biológicos y psicológicos, b) el curso de la vida como institución social, en la doble perspectiva de las regulaciones sociales y culturales y de su construcción individual y c) el contexto socio-histórico y los cambios ocurridos. Puede definirse conceptualmente como “el estudio interdisciplinario del transcurrir de la vida humana (ontogénesis humana)” (Elder, 1998) y, operativamente, como “una secuencia de eventos y roles sociales, graduados por la edad, que están incrustados en la estructura social y el cambio histórico.” (Elder, 2001, en Blanco, 2003)

El objeto de estudio del enfoque del curso de la vida es una vida individual o su trayectoria. El propósito es describir y explicar el proceso social en el cual se construyen los cursos de la vida individuales en relación con otros cursos de la vida. En el macro-nivel, el tema central es reconstruir cómo se produce el interjuego entre cambios sociales y edad, a través de cohortes sucesivas.

El desarrollo del curso de la vida implica cambios y eventos que se producen en las diferentes esferas de la vida, modelando una suerte de patrón o modelo. Los eventos pueden constituirse en puntos de inflexión o pueden significar una transición normativa de un rol a otro. Es decir que las transiciones aparecen como puntos de inflexión o como experiencias clave; son parte de las trayectorias y les otorgan un sentido (Hareven, 1996). Las transiciones pueden estar de acuerdo con las normas o pueden suceder de manera impredecible. En el primer caso, se habla de transiciones normativas, esperadas a una cierta edad en un determinado tiempo y espacio (por ejemplo, de la escolarización primaria a la secundaria, de la esfera educacional a la del trabajo, el casamiento y el retiro). Son períodos de cambio y crecimiento, en

los que las concepciones del sí mismo y de la propia vida se transforman. Algunas transiciones devienen puntos de inflexión y pueden redireccionar el curso de la vida y fortalecer la identidad. Sin embargo, no se espera que ciertos roles sigan a otros en un orden fijo.

La modernización significó la institucionalización del curso de la vida. Mientras las trayectorias sufrieron un proceso de individuación, las definiciones de las transiciones y las etapas etarias se volvieron más unificadas. La totalidad del curso de la vida se volvió homogéneo, comprendiendo cuatro fases: infancia, escolarización, vida laboral y retiro (Antikainen & Komonen, 2003).

Por el contrario, en las sociedades actuales, caracterizadas por la heterogeneidad y la fragmentación, los modelos instituidos de trayectorias y transiciones se han flexibilizado. Los patrones se guían por un *timing* verdaderamente errático.

La estructura teórica del curso de vida abarca la interdependencia temporal de la trayectoria individual analizada con los diferentes colectivos interactuantes y, finalmente, la interdependencia de todos éstos con las instituciones y con los procesos más extensos de cambio social (Oddone y Gaston, 2008).

Muchos estudios en el campo del curso de la vida incluyen una cuestión retrospectiva sobre los grandes cambios de rumbo o puntos de inflexión en las biografías individuales (Clausen, 1993; Fiske et Chiriboga, 1990; Hareven et Masaoka, 1988). Los resultados obtenidos han puesto en evidencia una cierta ambigüedad en los conceptos utilizados.

En efecto, para algunos, los “grandes puntos de inflexión y cambios en la vida” incluyen los cambios normativos o aquellos que tienen mayor probabilidad de ocurrir a lo largo de la vida (casamiento y, para la mujer, la viudez; la llegada del primer hijo o la partida del hogar, la inserción en el mercado laboral o la jubilación, etc.). En estos casos, la persona ubica las grandes transiciones de una trayectoria conforme a

un modelo general del curso de la vida.

En otras situaciones, las personas mencionan las rupturas, las discontinuidades, es decir, las bifurcaciones notadas en sus trayectorias. Estas bifurcaciones pueden ser el resultado de hechos sociales (crisis económica y pérdida del empleo, guerra y movilización, etc.) y, por tanto, reenviar a la historia, o de eventos idiosincráticos (un accidente que provocó alguna discapacidad, una crisis existencial, etc.).

Esta ambivalencia semántica es útil para la investigación. En efecto, permite examinar en qué medida una persona define su trayectoria más bien en términos de continuidad o más bien en términos de ruptura, y en qué medida la discontinuidad está explícitamente vinculada con el contexto socio-histórico.

Por otra parte, la comprensión de las trayectorias y transiciones individuales desde el enfoque del curso de la vida implica entenderlas como una cadena de eventos personales y sociales, como un fenómeno temporal e histórico, como un proceso en el que las tendencias de una época repercuten en generaciones particulares y se entrecruzan con las decisiones individuales y con las influencias de las estructuras económicas y las instituciones sociales.

En un texto clásico de la teoría sociológica, Karl Mannheim (1928) planteaba que aquellos individuos pertenecientes a diferentes generaciones que compartieron el mismo mundo en un momento histórico determinado, si bien debían considerarse contemporáneos, no lo eran en el nivel efectivo de lo vivido. Según esta perspectiva, los miembros de una sociedad dada tendrían horizontes temporales diferentes según su pertenencia a una u otra generación y compartirían, con sus pares generacionales, una suerte de “melodía” común.

Ahora bien, aunque la posibilidad de que se constituyan “generaciones históricas” está relacionada con los procesos de la memoria colectiva, nacional y/o generacional; también se diferencia de ellos.

La memoria histórica es la memoria transmitida de acontecimientos no vividos por el individuo. La memoria autobiográfica, por su parte, es la memoria “de los eventos que se experimentaron personalmente en el pasado, surgiendo de lo vivido por las personas en el marco de su contexto social.” (Aguilar, 1996: 11) Los sujetos recuerdan sólo en tanto pertenecen a un grupo social y viven en un contexto específico; la memoria reconstruye el pasado desde el presente, desde un presente específico. (Aguilar, 1996)

La noción de memoria colectiva, introducida por Hallwachs en 1925 y reformulada en 1950, hace referencia al conjunto de recuerdos más importantes compartidos por un grupo y a la transmisión entre generaciones del conocimiento de los eventos o cambios que modificaron la sociedad de manera importante. La memoria colectiva es constructiva y no reproductiva, lo que significa que no es estable sino que es una recreación del pasado que se realiza desde las necesidades del presente. Está asociada a las experiencias vividas durante los años de formación de la identidad de una cohorte o generación. De esta manera, cada generación recuerda como importantes diferentes eventos o cambios (Oddone y Lynch, 2008). Un “efecto cohorte” o de generación que se manifiesta, bien sobre el tipo de eventos que la gente recuerda, bien sobre la visión de conjunto de la historia (Deschamps, 2001).

Una “generación” emerge cuando los eventos ocurren de manera tal que demarcan a una cohorte en términos de conciencia “socio-histórica”. El concepto “generación” se define, entonces, como una creación social. “Cohorte”, por su parte, significa el agregado de individuos que experimenta los mismos eventos durante el mismo intervalo de tiempo (Schuman y Scout, 2004). Por lo tanto, una generación puede surgir a partir del contexto y de los acontecimientos socio-históricos que le corresponde vivir a una determinada cohorte.

En síntesis, las diferencias en el año de nacimiento colocan a los individuos en

distintos mundos históricos, con específicas restricciones y opciones, sobre todo en sociedades tan cambiantes como las actuales. Los cursos de vida individuales suelen reflejar esos tiempos (Elder, 1994). El ritmo de la historia puede producir “situaciones generacionales” propicias a la formación de conjuntos o lazos generacionales. Un conjunto generacional es portador de una memoria histórica que se forma desde la adolescencia, momento en que el ser humano se abre al mundo que lo rodea y toma conciencia de sus eventos. Esta experiencia del mundo se cristaliza en la memoria y es así como un grupo de edad se transforma en un conjunto generacional o una generación histórica (para diferenciarlo de la generación biológica o genealógica) (Cavalli, 2006). El principio de conformación de una generación histórica es la memorización compartida de episodios históricos y del sentido que llevan asociados. Así, la manera en que la gente piensa sobre el mundo que lo rodea depende tanto de lo que estaba pasando en el mundo en el momento en que estaba creciendo como de lo que está pasando en el presente (Mortimer and Shanahan, 2004).

Diversos estudios actuales sobre los eventos y los cambios históricos (Deschamps, Paez et Pennebaker, 2001; Pennebaker, Paez et Rimé, 1997; Schuman et Scott, 1989; Scott et Zac, 1993) han mostrado que los hechos mencionados como más significativos son aquellos que ocurrieron durante la transición del individuo a la vida adulta, confirmando la temprana intuición de Mannheim sobre la apertura al mundo y a la historia en la adolescencia, proceso que constituye a la memoria como principio diferenciador de las generaciones. El hecho de que un determinado grupo otorgue mayor importancia a un hecho histórico que a otro, también dependerá de las necesidades y motivaciones presentes de dicho grupo (Pennebaker, 1993: 49).

Ahora bien, la definición de los eventos históricos importantes parece ser un proceso psicosocial, en el que intervienen tanto las memorias autobiográficas como colectivas

y en el que colaboran las familias, las instituciones, los gobiernos, los medios de comunicación y las prácticas culturales (Pennebaker, 1993).

El pasado deja huellas que deben ser evocadas y ubicadas en un marco que les de sentido para convertirse en memoria. Las memorias son simultáneamente individuales y sociales porque están mediatizadas por los discursos culturales, que siempre son colectivos.

“Sin embargo, no se puede esperar una relación lineal o directa entre lo individual y colectivo. Las inscripciones subjetivas de las experiencias no son nunca reflejos especulares de los acontecimientos públicos, por lo que no podemos esperar encontrar una ‘integración’ o ‘ajuste’ entre memoria individual y memoria públicas, o la presencia de una memoria única” (Jelin, 2001).

Aspectos metodológicos

Este artículo presenta resultados parciales del estudio CEVI – *Cambios y eventos en el curso de la vida*. Específicamente, nos ocuparemos de la percepción de los entrevistados argentinos acerca de la crisis económica, política e institucional que estalló en 2001, de la evaluación de los efectos mencionados y de su articulación con la conformación nacional y/o generacional de la memoria histórica. Haremos referencia, así mismo, a la vinculación de estos hechos con las biografías individuales.

El trabajo de campo en la Argentina se realizó durante el año 2004 en la Ciudad de Buenos Aires y en localidades de provincia de Buenos Aires. La muestra, de tipo intencional, se estratificó en cinco grupos de edad quinquenales, abarcando el total de la vida adulta: 20-24, 35-39, 50-54, 65-69 y 75-84. Este recorte, que responde a una aproximación cronológica de posiciones típicas en el recorrido de vida, circunscribe, al mismo tiempo, cinco cohortes distintas, nacidas entre 1920-1924, 1935-1939, 1950-1954, 1965-1969 y 1980-1984. Quedó constituida por 572 casos.

Los resultados que presentamos en primer término surgen del análisis de la respuesta brindada por nuestros entrevistados a la pregunta: “*Consideremos ahora los grandes eventos y cambios que se produjeron en su país y en el mundo en el curso de su vida. ¿Cuáles son los que más le impactaron?*”. El individuo encuestado debía describir cada evento (cuatro como máximo), situarlo en el tiempo y el espacio, indicar la edad que tenía al momento de ocurrir el hecho evocado y, finalmente, dar las razones por las cuales esos eventos habían sido significativos.

Operacionalmente, entenderemos por “memoria histórica” la codificación selectiva de episodios socio-históricos. Hablaremos de “memoria colectiva” cuando una fracción calificada de las personas se refiere a los mismos acontecimientos. Esta memoria colectiva será “generacional” cuando una fracción calificada de los miembros de una cohorte dada comparta la referencia a uno o varios episodios y se separe así de las otras cohortes. La memoria será “nacional” cuando una fracción calificada de los miembros de cada cohorte existente al momento de ocurrencia de un episodio histórico, lo menciona (Oddone y Lynch, 2008). Siguiendo a Lalive D’Epinay y colaboradores (2008, 2009) hablaremos de fracción calificada cuando la mitad aproximadamente de las personas del conjunto considerado mencione un mismo cambio.

Expondremos, a continuación, algunas características de la “memoria histórica” de los argentinos y de las “memorias colectivas generacionales”.² Luego, analizaremos en profundidad el impacto diferencial de la crisis que estalló en 2001 en la Argentina en las cohortes seleccionadas, la percepción, evaluación y reconocimiento que de ella hacen los diferentes grupos y su interpretación en términos de “puntos de inflexión” en las biografías individuales. Sin embargo, antes, será necesario relatar el proceso que hemos denominado “crisis de 2001”, proceso que involucra una serie de sucesos que se extendieron entre 1999 y

2004.

La crisis del 2001

La sociedad argentina atravesó reiteradas crisis a lo largo de su historia, todas ellas resultado de la combinación de la fragilidad de los equilibrios políticos y de los vaivenes de la economía. Sin embargo, ninguna de ellas puede compararse con la que estalló en los comienzos del siglo XXI debido a que fueron de diferente naturaleza.

En efecto, las crisis características de la segunda mitad del siglo XX aparecían luego de períodos en los que se había estimulado el crecimiento económico por medio de la emisión de dinero. El resultado era un proceso inflacionario acompañado por un déficit de la balanza de pagos, cuya resolución implicaba un ajuste o devaluación que derivaba, a su vez, en una recesión. En cambio, la crisis de 2001 estalló tras varios años de recesión, con deflación de precios. Veamos, a grandes rasgos, cómo fue el proceso.

Entre los rasgos principales del escenario internacional de los años 90 pueden mencionarse: la caída del muro de Berlín y del bloque soviético y sus consecuencias políticas e ideológicas y un proceso de globalización financiera, impulsado por cambios tecnológicos y por la expansión de los mercados especulativos.

La ideología neoliberal o neoconservadora que se consolidó a partir de la caída del muro -cuyo fundamento es la teoría que sostiene que los estados no deben intervenir en la economía, en tanto es el libre juego de las fuerzas del mercado el mejor asignador de la riqueza, los recursos productivos y el trabajo - promovió el conjunto de principios y reglas propuestos en el llamado “Consenso de Washington”. Sus recomendaciones (convertidas en imposiciones en el ámbito de los organismos multilaterales de crédito, FMI, BID, BM, etc.) se organizaban alrededor de los siguientes postulados: control del gasto público, disciplina fiscal, liberalización del comercio y del sistema financiero, fomento de la inversión extranjera, privatización

de las empresas públicas, desregulación y reforma del Estado.

En ese contexto, el conjunto de reformas económicas y monetarias (entre las que se destaca el establecimiento de la convertibilidad en 1991 con un tipo de cambio fijo: un dólar igual un peso) implementadas por el gobierno nacional presidido por Carlos Menem (1989-1999) dio lugar a un proceso de crecimiento basado, fundamentalmente, en el endeudamiento externo. Dado que en los países desarrollados había sobreabundancia de capitales, éstos se dirigieron a países que, como Argentina, eran considerados “economías emergentes”.

Así fue como la deuda pública, que era de alrededor de 60 mil millones de pesos al inicio de la década, subió a unos 90 mil millones en 1994 y a unos 120 mil millones a fines de 1999, cuando concluyó su período el presidente Menem. Las debilidades del modelo se hicieron evidentes cuando finalizó el proceso de privatizaciones que, junto con la venta de empresas privadas nacionales, representó una pérdida del patrimonio nacional y una consecuente extranjerización sin precedentes de la economía argentina.

Las tasas de crecimiento relativamente altas de comienzos de la década del 90 resultaron ser muy frágiles, tanto por su impacto social parcializado y desigual como por su insostenibilidad. En efecto, al mismo tiempo que la economía crecía, aumentaban la exclusión, la marginalidad, la pobreza y el desempleo como resultado tanto de la nueva matriz productiva como de la desarticulación definitiva del Estado del Bienestar (iniciada por la dictadura militar, 1976-1982).

Hacia mediados de la década, la economía comenzó a desacelerarse a raíz de problemas internos y externos. Las crisis internacionales de México, Brasil, Rusia y del Sudeste asiático agravaron la situación debido a la baja de los precios de las exportaciones y al cambio de la tendencia mundial respecto del flujo de capitales hacia los países emergentes.

Así, a fines de 1998 comenzó una larga

recesión que presentaba características novedosas para la sociedad argentina. La nueva administración, que asumió en 1999, intentó ganar confianza en los mercados internacionales para obtener tasas de interés más bajas. Con ese fin, y siguiendo los lineamientos impuestos por el FMI (Fondo Monetario Internacional), tomó un conjunto de medidas cuyo resultado fue una acentuación de la recesión que se tradujo en menor actividad y menor recaudación.

En 2001, y tras una serie de intentos fracasados para sostener la situación fiscal, se cerraron todas las posibilidades de obtención de créditos internacionales y la crisis se hizo imposible de detener.

Durante todo ese año, se registraron vastos movimientos de protesta, encabezados por las organizaciones de desocupados y acompañados por trabajadores privados y estatales y docentes y, posteriormente, por productores agropecuarios, comerciantes y pequeños industriales, asambleas barriales, grupos de ahorristas, etc.

La protesta social devino general, manifestándose en los ámbitos económicos, políticos y culturales, dando origen, así mismo, a una suerte de reivindicación de la soberanía nacional frente a la subordinación del gobierno nacional a las imposiciones de los organismos internacionales.

En diciembre, se produjo un movimiento de extracción de depósitos por parte de los ahorristas, que se detuvo impidiendo los retiros en efectivo (*corralito*), lo que provocó un recrudescimiento de las protestas y manifestaciones en las calles (*cacerolazos*). Finalmente, se arribó a una explosión social, el 19 y 20 de diciembre de 2001, que produjo por primera vez la caída de un gobierno, el de la Alianza, sin que hubiera habido intervención militar alguna. El presidente de la Rúa – sucesor de Menem – abandonó la casa de gobierno en medio de violentos enfrentamientos entre los manifestantes y la policía que dejaron un saldo de 30 muertos.

Durante los meses que siguieron a la renuncia de de la Rúa sucedieron varios gobiernos interinos,³ hasta que fue designado

como presidente provisorio el Dr. Eduardo Duhalde (2002-2003) quien inició su gestión con una ley de emergencia económica. Se decidió abandonar la convertibilidad con nuevos y disímiles tipos de cambio, a los que se convertirían los créditos y depósitos en los bancos y todas las obligaciones públicas y privadas. Como consecuencia de esta devaluación, los precios subieron y cayeron los salarios reales, lo que permitió una baja del gasto público. Al mismo tiempo, el déficit externodisminuyó porque no se pagaron las deudas.

Los organismos internacionales, con la anuencia del gobierno de los Estados Unidos, retiraron cualquier tipo de apoyo al gobierno nacional, ya que interpretaron que, contrariamente a lo acontecido anteriormente (en México, sobre todo), el de argentina no había sido un caso de crisis del sistema financiero internacional, sino un ejemplo de comportamientos irresponsables.

En 2003, y sin que se hubiera superado la crisis, se realizaron elecciones generales, resultando elegido como presidente el Dr. Néstor Kirchner. La situación social y política comenzó a tranquilizarse lentamente, mediante la creación de una multiplicidad de planes de asistencia social destinados a paliar la difícil situación de más de la mitad de la población que, como resultado de los procesos hasta aquí descritos, se encontraban sumergidos en la pobreza y en la indigencia. Sin tomar en cuenta las variaciones de la deuda, el gobierno logró un superávit de caja y se estabilizó el cambio. Se inició así un nuevo ciclo económico en el país, cuyos primeros síntomas favorables comenzaron a evidenciarse en 2005.

La memoria histórica de la crisis del 2001

Con el fin de describir la “memoria colectiva” de los sucesos relatados en el apartado anterior y a los que denominamos genéricamente “crisis del 2001” tomamos como universo el total de eventos mencionados (1469) por los 572 entrevistados que constituyeron la

muestra.

La cantidad de personas de cada cohorte que mencionó determinados acontecimientos socio-históricos, nos habla de la “memoria

nacional” de los argentinos y nos brinda interesantes indicios acerca de la posibilidad de identificar la existencia de “memorias generacionales”⁴ (Cuadro N° 1).

20-24	35-39	50-54	65-69	75-84
Crisis 2001 84 %	Gobierno Alfonsín 51 %	Proc. Reorg. Nac. 53 %	1° y 2° Gob. Perón 42 %	1° y 2° Gob. Perón 40 %
Atentados Torres 31 %	Crisis 2001 50 %	Malvinas 44 %	Proc. Reorg. Nac 40 %	Proc. Reorg. Nac.40 %
Atentados Amia 20 %	Malvinas 41 %	Gobierno Alfonsín 38 %	Gobierno Alfonsín 27 %	Malvinas 35 %
Gobierno Menem 15 %	Proc. Reorg. Nac 24 %	Crisis 2001 29 %	Malvinas 26 %	Crisis 2001 22 %
Guerra Irak 14 %	Gobierno Menem 20 %	3° Gob. Perón 16 %	Crisis 2001 24 %	Gobierno Alfonsín 13 %

Fuente: Elaboración propia

Cuadro N° 1: *Personas que citan hechos socio-históricos según grupo de edad (%)* [Las cifras presentadas son el resultado de calcular el porcentaje entre la cantidad de menciones que un determinado hecho posee en una determinada cohorte y el total de personas entrevistadas pertenecientes a esa misma cohorte]

El análisis de los datos obtenidos indica que los hechos más mencionados por la cohorte nacida entre los años 1980-84 son los relacionados con la crisis⁵ que estamos considerando. En efecto, el 84% hizo referencia a acontecimientos y/o procesos vinculados con la recesión económica o con la crisis social, política e institucional acontecida en ese momento histórico.

En segundo lugar, esta cohorte parece haber sido fuertemente impactada por los atentados a las Torres Gemelas en EEUU y los eventos relacionados con ellos, como la guerra de Irak. El 42% de las personas que tenían entre 20 y 24 años mencionaron uno de estos dos hechos. Otros atentados sangrientos, los perpetrados en Buenos Aires en 1992 contra la Embajada de Israel y en 1994 contra la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina)⁶, se encuentran, asimismo, entre los hechos más mencionados. Es decir que esta generación entró en la vida

adulta descubriendo la historia a partir de dos grandes catástrofes sociopolíticas, una internacional y otra nacional, ligadas a los efectos de la globalización.

Los miembros de las otras cuatro cohortes mencionaron como significativos aquellos eventos socio-históricos relacionados con la “dictadura militar” vigente en el país entre los años 1976 y 1983 y con la Guerra de Malvinas.⁷ Las detenciones y desapariciones de personas, el miedo omnipresente en la vida cotidiana y la muerte de jóvenes en la guerra fueron los hechos más recordados por los entrevistados. El 65% del grupo que transita los treinta años, el 97% de quienes tienen alrededor de cincuenta, el 66% de los de sesenta años y el 75% de los de ochenta mencionaron la dictadura, la Guerra de Malvinas o ambas.

Otro acontecimiento recordado, con una tendencia descendente a medida que aumenta la edad, por estas cuatro cohortes fue el

gobierno de Alfonsín (1983-1989), tanto en sus aspectos políticos (recuperación de la democracia) evaluado positivamente, como en los económicos (crisis, hiperinflación, etc.) considerados, predominantemente, de manera negativa.

Asimismo, todas las cohortes fueron marcadas, en mayor o menor medida, por la crisis del 2001: el 50% del grupo de 35 a 39 años, el 29% del segundo, el 24% del tercero y el 22% del grupo de entre 75 y 84, así lo indican.

Pero, como puede observarse en el Cuadro N° 1, además de la importancia otorgada por cada cohorte a la dictadura, a la guerra y al gobierno de Alfonsín, existen otros eventos que fueron recordados en mayor o menor medida, en función de sus propias experiencias históricas, por los distintos grupos de edad.

En conclusión, es posible observar la presencia de una “memoria colectiva nacional” identificable en los cuatro grupos de mayor edad, producto de los hechos relacionados con la dictadura militar (1976-1983) y con la Guerra de Malvinas (1982).⁸ Esta memoria nacional se complejiza por las reminiscencias de acontecimientos propios de cada grupo y por el peso dado a aquellos por todos mencionados.

Es el caso de la “crisis de 2001”, con la particularidad de que es el único cambio socio-histórico que atraviesa a todos los grupos de edad; siendo mencionado por el 84% de los más jóvenes y descendiendo hasta el 22% entre los mayores.

Es decir que pueden identificarse especificidades en el peso relativo que los eventos socio-históricos compartidos por todos adquieren al interior de cada cohorte, lo que estaría indicando la presencia de una “memoria colectiva generacional” yuxtapuesta con una “memoria colectiva nacional”.

Percepción y evaluación de la crisis en el curso de la vida

Nos interesa en este punto elucidar algunas cuestiones relacionadas con la interpretación que los entrevistados dieron a la crisis de 2001.⁹

El análisis de las razones que los individuos que mencionaron este evento evocan, indica que el tipo de impacto¹⁰ preponderante en los cuatro grupos más jóvenes es el individual; mientras que el grupo de mayor edad esgrime razones predominantemente de tipo colectivo (Cuadro N° 2).

	20-24	35-39	50-54	65-69	75-84
Colectivo	39	45	45	36	60
Individual	59	52	55	64	40
Ambos	2	3	0	0	0
Total	100 (107)	100 (60)	100 (33)	100 (25)	100 (20)

Fuente: Elaboración propia

Cuadro N° 2: Tipo de impacto de la crisis del 2001 según grupo de edad (%)

Sin embargo, existen diferencias importantes al interior de los distintos grupos de edad. Los grupos que se sintieron más afectados en términos personales fueron, en primer lugar, el de entre 65 y 69 años (casi los dos tercios del total); seguido por los más jóvenes (59 %).

Respuestas típicas clasificadas como

individuales fueron: “perdí mi negocio”, “me quedaron los ahorros en el banco”, “tuve miedo por mis hijos”, entre otras. Con razones colectivas designamos a aquellas tales como: “el hambre y la pobreza que afectó a la sociedad”, “la violencia desenfrenada” etc.

Respecto de la naturaleza de los efectos

de la crisis, aunque en menor medida que en el caso anterior, también se evidencian diferencias entre las distintas cohortes. Mientras que alrededor de los 2/3 de los entrevistados de menor edad, de los que

tenían entre 50-54 y de los mayores indican que sus consecuencias fueron concretas (pérdida del trabajo, de los ahorros, muertes), la cifra crece a más de 3/4 en los dos restantes grupos (Cuadro N° 3).

	20-24	35-39	50-54	65-69	75-84
Concreto	62	80	64	76	60
Simbólico	38	20	36	24	40
Total	100 (107)	100 (60)	100 (33)	100 (25)	100 (20)

Fuente: Elaboración propia

Cuadro N° 3: Naturaleza del impacto de la crisis del 2001 según grupo de edad (%)

Por supuesto, el comportamiento es inverso cuando observamos las evaluaciones que remiten a consecuencias simbólicas (pérdida de legitimidad política, pérdida de confianza en la democracia, aumento de la conciencia

cívica, reconocimiento de la necesidad de participación en los procesos de cambio).

Observemos, ahora, la distribución de las razones brindadas según la dimensión a la que hace referencia (Cuadro N° 4).

	20-24	35-39	50-54	65-69	75-84
Socio-económico (*)	36	53	49	60	20
Político-institucional (**)	14	12	6	4	25
Político-ideológico (***)	26	10	18	8	20
Psicológico (****)	24	25	27	28	35
Total	100 (107)	100 (59)	100 (33)	100 (25)	100 (20)

Fuente: Elaboración propia

Cuadro N° 4: *Ámbito afectado por la crisis del 2001 según grupo de edad (%)*

(*) (políticas económicas, corralito, desocupación)

(**) (governabilidad democrática, corrupción, renuncia del presidente)

(***) (participación ciudadana, lucha por los derechos, protestas)

(****) (muerte/ temor/ inseguridad)

La mitad o más de la mitad de las razones mencionadas por los tres grupos de edad intermedios se relacionan con la esfera socio-económica. Mientras, en los grupos extremos, este ámbito da cuenta de un tercio de las justificaciones de los más jóvenes y un quinto de las de los más viejos. El ámbito más mencionado por éstos últimos es el psicológico y son quienes parecen

estar más preocupados por las cuestiones institucionales. Los temas ideológicos, por su parte, tienen más peso entre los más jóvenes, mientras que las respuestas ligadas al miedo y la inseguridad son estables en todos los grupos, alrededor del 25%, salvo, como ya se mencionó, entre los mayores en donde alcanza un 35%.

La evaluación de los efectos de la

crisis de 2001 es, en términos generales, mayoritariamente negativa en todos los grupos de edad. Sin embargo, es de destacar que uno de cada cinco jóvenes le otorga

un sentido positivo y uno de cada diez considera que los efectos mencionados no son ni positivos ni negativos (Cuadro N° 5).

	20-24	35-39	50-54	65-69	75-84
Positiva	21	9	6	0	15
Negativa	68	88	94	100	80
Ni una ni otra	11	3	0	0	5
Total	100 (107)	100 (59)	100 (33)	100 (25)	100 (20)

Fuente: Elaboración propia

Cuadro N° 5: Valoración de los efectos de la crisis según grupos de edad (%)

Como contrapartida, vemos que el grupo de 65 a 69 en su totalidad, la valora en forma negativa. Este grupo parece haber resultado específicamente perjudicado por la crisis, pues son sus miembros los que más mencionaron efectos concretos, individuales y referidos a cuestiones socioeconómicas.

Contrasta, en este sentido, con el grupo

que lo sigue en edad, el de los más viejos, en el que tuvieron mayor peso las menciones a lo colectivo, simbólico y político-ideológico; alcanzando una evaluación positiva o indiferente del 20%.

Esto indicaría que según cuál sea la esfera involucrada por la crisis, la evaluación tiende a ser más o menos negativamente ponderada (Cuadro N° 6).

	Socio-económico	Político-Institucional	Político-ideológica	Psicológico
Positiva	5	20	46	0
Negativa	94	67	37	97
Ni una ni otra	1	13	17	3
Total	100 (104)	100 (30)	100 (46)	100 (64)

Fuente: Elaboración propia

Cuadro N° 6: Valoración de los efectos de la crisis según ámbito involucrado (%)

En efecto, vemos que aquellas razones que remiten a la esfera político-ideológica reciben más valoraciones positivas que negativas. Casi la mitad de los entrevistados para quienes la crisis del 2001 fue un hecho socio-histórico significativo, rescata sus aspectos representacionales, participativos, las movilizaciones y protestas de la población en contra de una política contraria

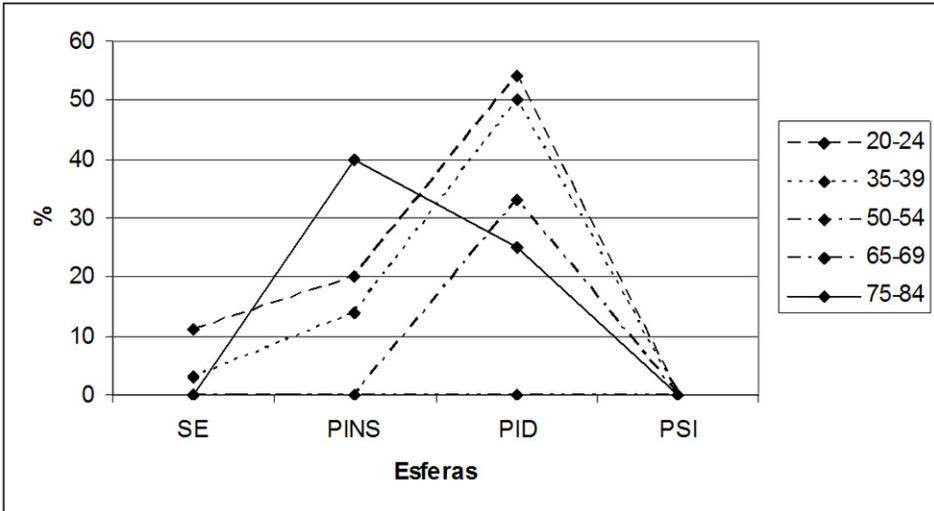
a sus intereses, así como el hastío de la ciudadanía respecto de la clase política. Coherentemente, dos tercios de menciones referidas a las cuestiones estrictamente institucionales de la crisis fueron valoradas positivamente, tales como la renuncia del presidente de la Rúa y el cambio de gobierno.

Por el contrario, casi la totalidad de respuestas que mencionan la esfera socio-

económica o la psicológica como las más afectadas por la crisis, implican una evaluación negativa.

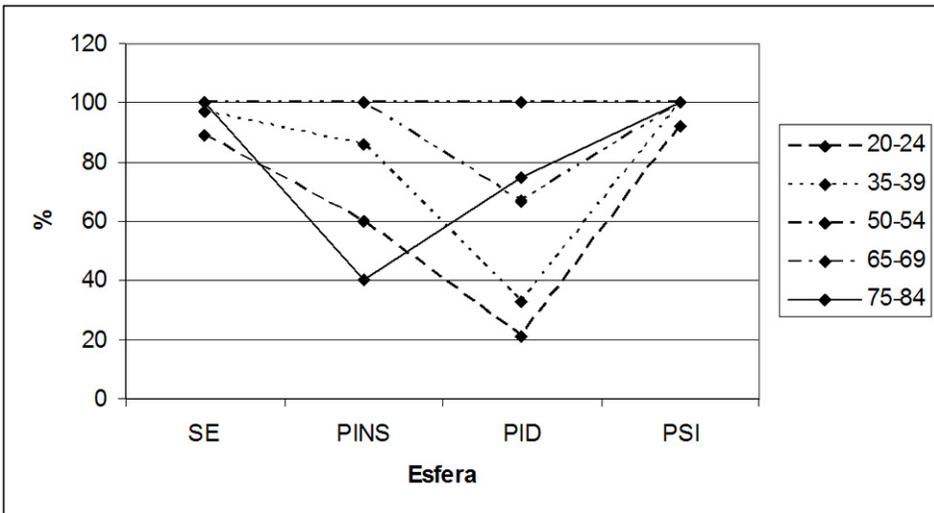
Es esperable, además, que existan

diferencias en los distintos grupos de edad, en tanto la exposición a la crisis ha demostrado ser desigual entre ellos.



Fuente: Elaboración propia

Gráfico N° 1. Evaluación positiva de los efectos de la crisis según esfera involucrada y grupo de edad (%)



Fuente: Elaboración propia

Gráfico N° 2. Evaluación negativa de los efectos de la crisis según esfera involucrada y grupo de edad (%)

Efectivamente, la lectura de los datos nos indica que existen importantes diferencias entre las distintas cohortes. Los más jóvenes muestran más variaciones respecto de sus valoraciones de los distintos ámbitos afectados por la crisis. Así vemos que más de la mitad de los jóvenes le da un sentido positivo en su aspecto representacional, mientras que, también, uno de cada cinco evalúa positivamente sus resultados institucionales. Destaquemos, así mismo, que para un 10% de los jóvenes la crisis resultó ser positiva en términos económicos.¹¹

A medida que avanzamos en la edad, los efectos negativos de la crisis se incrementan. Así, en el grupo de 35 a 39 años, si bien se mantiene una mayoría de evaluaciones positivas de la esfera ideológica, quienes la consideran negativa aumenta a un tercio de los entrevistados. Así mismo, aunque casi un 15% de los miembros del grupo aún consideran positivo los cambios en el ámbito institucional, la valoración negativa es muy alta, al igual que en el ámbito económico, en el que alcanza un 97%.

En el caso del grupo de 50 a 54 años, la tendencia mencionada continúa, al punto de que sólo aparece evaluada positivamente en un tercio de sus menciones la esfera político-ideológica. Las demás dimensiones son consideradas completamente negativas.

El grupo de 65 a 69 años completa la tendencia; la totalidad de las razones en las cuatro esferas son evaluadas negativamente. Efectivamente, parece haber sido el grupo, si no más extensamente (ver cuadro N° 1), si el más intensamente afectado por la crisis.

Por último, el grupo de las personas mayores tiene una mirada diferente de la situación. Si bien todos sus integrantes evalúan negativamente la esfera económica, sólo un 40% lo hace de igual manera con la cuestión institucional, diferenciándose en este punto de los demás grupos. Mientras, un cuarto de los mayores piensa positivamente sobre el matiz político ideológico de la crisis.

Un comentario aparte merece la esfera psicológica, aquella que remite a los miedos, la muerte, la inseguridad, la desconfianza

que generó la crisis. Así como ocupaba un rango que iba entre un 25% y un 35% de las menciones en todos los grupos de edad, también en todos es evaluada negativamente en su totalidad, a excepción de un 8% de jóvenes para quienes ese aspecto de la crisis no es ni positivo ni negativo.

El impacto autobiográfico de la memoria de la crisis

Sabemos que el impacto de estas memorias históricas en las biografías individuales no es directo ni inmediato. Sin embargo, creemos que pueden surgir algunas hipótesis interesantes a partir del análisis de los datos referidos a la identificación de los “puntos de inflexión” realizados por los mismos entrevistados.

En ese caso, se solicitaba a los individuos que respondieran a la siguiente pregunta: *“Considerare su vida en general, ¿cuáles han sido los principales puntos de inflexión, esos momentos que hayan significado un cambio importante en su vida?”*

De las 114 personas que mencionaron algún hecho relacionado con la crisis de 2001 como cambio socio-histórico que afectó su vida, 17 (es decir, 15%) también lo mencionaron como un “punto de inflexión” en su biografía personal.

Las razones por las cuales los identificaron como “puntos de inflexión” remiten, en su mayoría, acambios en la situación laboral. En efecto, más de la mitad (9 personas), mencionaron que “haber perdido el trabajo” había provocado trastornos profundos en sus vidas y en la manera de vivirla; tres vieron partir al exilio a hijos o hermanos en busca de trabajo, dos tuvieron que modificar sus costumbres a raíz de haber perdido sus ahorros y otros dos se sintieron profundamente afectados por la pobreza y la violencia desatada.

Siendo el trabajo una de las más importantes dimensiones del curso de vida de las personas y ocupando lugares privilegiados en los modelos de transiciones normativas; la pérdida del trabajo y la imposibilidad de

cumplir con los roles sociales y familiares que de él derivan, puede, para muchos individuos, transformarse en un acontecimiento disruptivo, dando lugar a transiciones no normativas en el curso de la vida y convirtiéndose, así, en “puntos de inflexión”.

Conclusiones

Los resultados obtenidos indican que el conjunto de sucesos y procesos que hemos identificado como “crisis de 2001” formaba parte, hacia el año 2004, de la memoria de las distintas cohortes con las que trabajamos en nuestra investigación. Se trataba de acontecimientos muy cercanos en el tiempo que impactaron en todas las generaciones, mostrando una tendencia a la disminución a medida que aumentaba la edad.

El grupo que, al momento del relevamiento, contaba entre 20 y 24 años fue el que más extensamente sintió el efecto de la crisis. Sin dudas ha sido para ellos un evento histórico poderoso, en un momento de la vida especialmente receptivo a las experiencias ligadas al cambio. Tal vez, esta impronta de la juventud explique la evaluación positiva predominante de las dimensiones de la crisis más ligadas al mundo de las transformaciones políticas y a las estrategias de movilización y protesta.

No es aventurado esperar que este grupo registre a lo largo del curso de a vida, la influencia de la exposición a un conflictivo espacio social, económico y político al momento de su “apertura al mundo”. Sin embargo, las implicaciones respecto de cambios en los “patrones de vida” o en la consolidación de una memoria generacional que evidencie las huellas de esta crisis, podrán ser registradas sólo en el largo plazo.

La cohorte de nacidos entre 1964 y 1969 también manifestó una extendida repercusión de la crisis en sus vidas individuales, sin embargo, una percepción menos ligada a sus aspectos políticos devino en evaluaciones más negativas del conjunto de sucesos. Para este grupo, no fue ésta la primera crisis: las dificultades económicas

producto de la “hiperinflación” ocurrida entre 1989 y 1990 fue un hecho muy recordado por esta generación que, en aquel momento, tenía entre 20 y 24 años. La incidencia que tanto dicha experiencia como la diferencia en el lugar (y por consiguiente, el cambio en las circunstancias personales, familiares y sociales) ocupado en el curso de la vida en uno y otro momentos pudieron haber tenido en la percepción y en la evaluación de la crisis reciente, son cuestiones que deberán profundizarse en futuras investigaciones.

Los dos grupos que siguen en edad, aunque en menor medida, también registraron el impacto de la crisis del 2001, siendo muy variadas la percepción y evaluación de sus consecuencias. Las transformaciones socio-económicas afectaron de manera especial a estos grupos de edad: la privatización de empresas públicas y retiros voluntarios durante la década el noventa, el refugio en actividades por “cuenta propia” que con la recesión demostraron ser insostenibles, la privatización del sistema de retiro, la confiscación de cuentas bancarias y ahorros, etc. sin dudas incidieron en la manera en que los miembros de estas cohortes vivieron esta etapa histórica.

Los más ancianos fueron quienes menos significado asignaron a esta crisis, una más entre las tantas que les tocó vivir en sus extensas trayectorias. Y, en esta etapa, lo más importante fue el resurgimiento del miedo y la muerte.

En este sentido, es posible pensar que la persistencia de la preocupación por la muerte y la inseguridad y la reaparición de sentimientos de miedo y temor estén relacionadas con una memoria histórica nacional.

En efecto, en todos los grupos de edad (exceptuados los más jóvenes) otros hechos socio-históricos tuvieron impactos más profundos que la crisis del 2001. Sucesos terribles, que bañaron de sangre a la sociedad argentina, como lo fueron las variadas dictaduras militares, sobre todo la denominada “Proceso de Reorganización Nacional” vigente entre 1976 y 1983 y la Guerra de Malvinas, llevada a cabo por esa misma

dictadura militar en 1982 han dejado huellas de muerte y miedo permanentes en estas generaciones, huellas que se reactualizan en situaciones traumáticas como las generadas durante los sucesos que hemos analizado.

En cuanto a la articulación del contexto socio-histórico con las trayectorias de vida personales, consideramos que los resultados encontrados constituyen una importante línea de indagación que deberá ser retomada en próximos trabajos. La puesta en relación entre la percepción de eventos socio-históricos relevantes y su identificación como “puntos de inflexión” en las autobiografías parece ser un recurso valioso para indagar acerca de la forma en que se conectan las memorias colectivas y las memorias individuales.

Pero la persistencia que los eventos relacionados con la crisis de 2001 tengan en la sociedad argentina en su conjunto y en las distintas generaciones en particular, es decir, la posibilidad del surgimiento de una “memoria de la crisis” dependerá del devenir histórico y de la manera en que las periódicas y superpuestas capas de interpretaciones y reinterpretaciones, enmarcadas en relaciones sociales y de poder, reconstruyan el pasado desde los sucesivos presentes.

Suiza y la Argentina y el de J. Oddone y G. Lynch (2008).

³ Durante una de esas breves gestiones, el presidente Rodríguez Saa anunció que el país dejaría de pagar sus obligaciones financieras, entrando en *default*.

⁴ Hemos desarrollado este tema en Oddone, J. y Lynch, G. (2008).

⁵ En este trabajo consideramos dentro de la categoría “Crisis del 2001” eventos que en trabajos anteriores fueron considerados de manera independiente: “Gobierno de la Alianza” y “Post-Alianza”.

⁶ Estos atentados produjeron más de un centenar de muertos.

⁷ Recordemos que la Guerra de Malvinas fue declarada en 1982, durante el Proceso. La hemos considerado como un evento específico por la envergadura de su impacto.

⁸ La última cohorte (1980-1984) es posterior a la dictadura; algunos de sus miembros no habían nacido y otros sólo podían tener tres años de edad al momento del retorno a la democracia.

⁹ De las 251 menciones a la crisis del 2001, 6 entrevistados no brindaron razones que explicaran su elección, de allí que en esta sección se trabaje con un N= 245.

¹⁰ Para una profundización de las categorías de análisis utilizadas, tanto desde un punto de vista teórico como metodológico, ver Aeby, G. (2007) En este trabajo, nos basamos en las categorizaciones allí presentadas aunque hemos realizado algunos ajustes en beneficio de la claridad expositiva.

¹¹ Recordemos que es uno de los dos grupos que mencionó más efectos individuales, junto con la cohorte 65-69.

Notas al pie

¹ El estudio CEVI – *Cambios y eventos en el curso de la vida* – tiene como objetivos estudiar la articulación entre la historia y la biografía, la dinámica de los cambios y eventos propios de una sociedad determinada y las trayectorias de vida de los individuos que participan en esta historia. Responsables Internacionales: C. Lalive d’Epinay y S. Cavalli (Universidad de Ginebra). Para acceder a la información completa sobre este proyecto ver <http://cig.unige.ch/recherches/cevi.html>.

² Para profundizar estos temas ver los trabajos de C. Lalive D’Epinay y S. Cavalli (2007) en el cual se presenta un análisis comparativo entre

Bibliografía

Aeby, G. (2006). *L’impact del’histoire sur les mémoires individuelles* Mémoire de license. Dir: Sandro cattacin et Stefano Cavalli. Université de Geneve.

Aguilar, P. (1996). *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid. Alianza Editorial.

- Antikainen, A. and Komonen, K. (2003). "Biography, life course, and the sociology of education" en Torres, C.A. & Antikainen, A. (ed.) *The International Handbook on the Sociology of Education*. Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 143-159.
- Cavalli S. & Lalive d'Épinay C. (2008). "L'identification et l'évaluation des changements au cours de la vie adulte" en *Swiss Journal of Sociology*, 34 (3), 453-472.
- Cavalli, S. et al. (2006). *Ages de la vie et changements perçus*, CIG-Universite de Geneve. Geneve.
- Deschamps J.C., Paez D., Pennebaker J. (2001). "Mémoire collective des événements sociopolitiques et culturels: représentation sociale du passé à la fin du millenium" en *Psychologie et société*, 2, 26-53.
- Elder, G. (1994). "Time, Human Agency and social change: perspectives on the life course" in *Social Psychology Quarterly*. 57 (1) pp 4-15.
- Elder G.H. (1998). "The life course and human development" in Lerner R.M. (Ed.) *Handbook of child psychology. Volume 1: Theoretical models of human development*. New York. Wiley & Sons. pp. 939-991.
- Elder, G. et al (2004). "The emergence and development of life course theory" en Mortimer, J. y Shanahan, M. (Eds.) *Handbook of the Life-Course*. Springer Science. New York.
- Fiske M. & Chiriboga D.A. (1990). *Change and continuity in adult life*, San Francisco, Jossey-Bass.
- Gastron L. & Oddone M.J. (2008). "Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de vida", *Revista Perspectivas en Psicología*, 5 (2), Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata. pp 1-9.
- Gastron L. & Lacasa D. (2009). "La percepción de cambios en la vida de hombres y mujeres, según la edad", *Población y Sociedad* 16. CONICET-UNT, San Miguel de Tucumán. pp 3-28.
- Giele, J. & Elder, G. (1998). "Life Course Research. Development of a Field" en Giele, J. & Elder, G. (Eds) *Methods of Life Course research. Qualitative and Quantitative Approaches*. Sage Publications. California.
- Guillaume J.-F., Lalive d'Épinay Chr. et Thomsin L. (2005). *Parcours de vie. Regards croisés sur la construction des biographies contemporaines*, Université de Liège, Liège.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*, Paris, Presses Universitaires de France.
- Hareven T.K. & Masaoka K. (1988). "Turning points and transitions: perceptions of the life course" in *Journal of Family History*, 13 (3), 271-289.
- Heinz, W. (2003). "Combining Methods in Life-Course research: A Mixed Blessing?" in Heinz, W. et al; *Social Dynamics of the Life Course. Transitions, Institutions and Interrelations*. Aldine de Gruyter. New York.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. México. Siglo XXI editores.
- Kohli M., (1986). "The world we forgot: a historical review of the life course" in Marshall V.W. (Ed.) *Later life. The social psychology of aging*. Beverly Hills, Sage. pp. 271-303.
- Lalive d'Épinay C., Pin S. et Spini D. (2001). "Présentation de Swilso-o, une étude longitudinale suisse sur le grand âge: l'exemple de la dynamique de la santé fonctionnelle", *L'Année Gérontologique*, 15, pp 78-96.
- Lalive d'Épinay C., Bickel J.-F., Cavalli S. et Spini D. (2004). "Le parcours de vie: émergence d'un paradigme interdisciplinaire" in Guillaume J.-F. (Ed.), *Parcours biographiques*, Liège, Presses Universitaires de Liège (à paraître).
- Lalive d'Épinay C., Cavalli S., Aeby G. (avec la coll. de Gastrón L., Oddone M.J., Lynch G., Lacasa D.) (2008). "Génération

et mémoire historique. Une comparaison internationale” in Vrancken D., Thomsin L. (Eds), *Le social à l'épreuve des parcours de vie*, Louvain-la-Neuve, Academia Bruylant, pp 245-259.

Lalivé d'Épinay C. et Cavalli S. (2009). “Les principaux tournants de la vie dans la construction autobiographique. Une comparaison internationale” in Oris M., Widmer E., de Ribaupierre A., Joye D., Spini D., Labouvie-Vief G., Falter J.-M. (Eds), *Transitions dans les parcours de vie et construction des inégalités*, Lausanne, Presses polytechniques et universitaires romandes, pp 25-46.

Lalivé d'Épinay C., Cavalli S. (2009). “Mémoire de l'histoire et appartenance générationnelle des personnes âgées”, *Gérontologie et Société*, 130, pp 127-144.

Mannheim K. (1990). *Le problème des générations*, Paris, Nathan. (Original allemand, 1928).

Marshall V.W., Mueller M.M. (2003). “Theoretical roots of the life-course perspective”, in Heinz W.R., Marshall V.W. (Eds), *Social dynamics of the life course. Transitions, institutions, and interrelations* New York, Aldine de Gruyter. pp. 3-32.

McLanahan S.S., Sorensen A.B. (1985). “Life events and psychological well-being over the life course” in Elder G.H. (Ed.), *Life course dynamics. Trajectories and transitions, 1968-1980*. Ithaca, Cornell University Press. pp 217-238.

Mortimer, J. and Shanajan, M. (Eds.) (2006). *Handbook of the Life Course*, Springer, New York.

Oddone M.J. & Lynch G., (2008). “Las memorias de los hechos socio-históricos en el curso de la vida”. *Revista Argentina de Sociología*, 6 (10), CPS, Buenos Aires, pp 121-142.

Pennebaker, J.W. (1993). “Creación y mantenimiento de las memoria colectivas” en *Psicología Política*. 6, pp 35-51.

Pennebaker J.W., Paez D., Rimé B. (Eds) (1997). *Collective memory of political events. Social psychological perspectives*, Mahwah (NJ), Lawrence Erlbaum.

Schuman H., Scott J. (1989). “Generations and collective memories” in *American Sociological Review*, 54 (3), 359-381.

Scott J., Zac L. (1993). “Collective memories in Britain and the United States” in *Public Opinion Quarterly*, 57 (3), 315-331.